

LIBRO TERCERO.

A un tiempo barro y alma.

I.

La cloaca y sus sorpresas.

En la alcantarilla de París fué donde Juan Valjean se encontró.

La transición era inaudita. Estando en medio de la ciudad, salió de ella, y en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo preciso para levantar una tapa y volverla á dejar caer, pasó de la luz á las tinieblas, del medio día á la noche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos al estancamiento de la tumba, y por medio de una peripecia más prodigiosa aun que la de la calle de Polonceau, del extremo peligro á la seguridad más absoluta.

Dejó aquella calle, en la que por todas partes veía la muerte, por una especie de sepulcro, donde debía encontrar la vida. Permaneció algunos segundos como aturdido y escuchando estupefacto, al ver abierta de improviso ante sus pies la trampa de salvación, en la que fué cogido, digámoslo así, por traición de la bondad celeste. ¡Incomprensibles emboscadas de la Providencia!

Entre tanto el herido no se movía y Juan Valjean ignoraba si estaba vivo ó muerto.

La primera sensación que experimentó Juan Valjean fué la de cegar. Repentinamente dejó de ver; un minuto después le pareció que se había quedado sordo; no oía nada. El extrépito del huracán de matanzas que se desencadenaba á algunos pasos de allí, solo llegaba hasta él apagado y confuso por el espesor de la tierra que le separaba del sitio de aquella escena: lo único que conoció fué que pisaba en terreno sólido: extendió un brazo, luego el otro, y tocó la pared por ambos lados, de lo que infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló y dedujo que las baldosas estaban mojadas. Adelantó un pie con precaución, temiendo encontrar algún agujero, algún sumidero ó algún precipicio, y de este modo se cercioró de que se prolongaba el embaldosado. Una bocanada de aire fétido le hizo comprender el sitio en que se encontraba.

Al cabo de algunos instantes recobró

la vista; sus pisadas se habían ya acostumbrado á la escasa luz que entraba por el respiradero de la alcantarilla. Empezó á ver.

El pasillo donde se encontraba le cerraba una pared á sus espaldas. Era uno de esos callejones sin salida que se llaman empalmes. Tenía ante sí una pared; una pared de tinieblas. La claridad del respiradero concluía á diez ó doce pasos de donde él se encontraba y apenas reflejaba su luz pálida á algunos metros de la pared de la alcantarilla. Más allá la opacidad era maciza; parecía imposible penetrar en ella; sin embargo, era preciso meterse en aquella bruma y hasta darse prisa, porque Juan Valjean calculó que la reja que él vió debajo de los adoquines también podían verla los soldados. Dependía esto de la casualidad, pero no era imposible que los soldados bajasen á la alcantarilla y la registrarán.

No podía perder ni un minuto; recogió á Mario del suelo, se lo echó á cuestras y se puso en marcha, penetrando resueltamente en la oscuridad.

La verdad es que Juan Valjean no estaba tan salvado como se creía. Le esperaban peligros de otro género, y no menores quizá. Había pasado desde el torbellino fulgurante de la lucha á la caverna de los miasmas y de las emboscadas: del caos á la cloaca. Juan Valjean había caído desde un círculo del infierno á otro.

Cuando andó unos cincuenta pasos se paró, porque estaba dudando. El pasillo iba á parar á otro ramal, en el que tropezaban transversalmente, y allí se presentaban dos caminos. ¿Elegiría el de la derecha ó el de la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel oscuro laberinto? El hilo de este laberinto, como dijimos antes, es la pendiente; siguiéndola se vá al río.

Juan Valjean lo comprendió en seguida.

Pensó que sin duda se encontraba en la alcantarilla de los Mercados, y que si se dirigía á la izquierda y seguía la pendiente llegaría antes de un cuarto de hora al Sena, entre el puente de los Cambios y el puente Nuevo; es decir, que aparecería en medio del día en el punto más concurrido de París, tal vez en una encrucijada. Los transeuntes se asustarían al ver salir del suelo á dos hombres ensangrentados; acudirían los municipales y los soldados del cuerpo de guardia inmediato y se apoderarían

de ellos. Prefirió internarse en el laberinto, caminar en la oscuridad á la ventura, y para salir de allí encomendarse á la Providencia.

Subió á la pendiente y se dirigió á la derecha.

Cuando dobló el ángulo de la galería desapareció la lejana claridad del respiradero, la oscuridad se hizo densa ante él y quedó otra vez ciego. Continuó, sin embargo, avanzando. Los dos brazos de Mario rodeaban el cuello de Juan Valjean y los pies le colgaban por detrás. Juan Valjean le sostenía los brazos con una mano y con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Mario tocaba á la suya, á la que la sangre le pegaba, sintiendo correr por encima de él y penetrar sus vestidos un arroyo tibio. La sensación de calor húmedo que Juan Valjean sentía en la oreja próxima á la boca del herido le indicaba que Mario aun respiraba y por consiguiente que vivía.

El pasillo por donde ahora caminaba Juan Valjean era menos estrecho que el primero, pero andaba penosamente, porque la lluvia del día anterior no había desaguado aun y formaba un pequeño torrente en el centro del zampado, y necesitaba arrimarse á la pared para no meter los pies en el agua. De este modo tenía que andar en las tinieblas.

No obstante, poco á poco, ya porque otros respiraderos lejanos enviaban alguna claridad flotante á aquella opaca bruma, ya porque sus ojos se acostumbraban á la oscuridad, empezó á entrever confusamente, ora la pared á que iba arrimado, ora la bóveda por debajo de la cual pasaba. Era, sin embargo, difícil dirigir el rumbo.

El trazado de las alcantarillas refleja, digámoslo así, el de las calles superpuestas. Había en el París de aquella época dos mil doscientas calles, y hay que imaginarse debajo de él esa selva de tenebrosas ramas que se denomina el albañal.

Juan Valjean empezó por equivocarse. Creyó estar debajo de la calle de San Dionisio, y desgraciadamente no era así. Hay debajo de esa calle una alcantarilla vieja de piedra del tiempo de Luis XIII, que vá recta al albañal colector, que solo tiene un ángulo á la derecha, á la altura de la antigua Corte de los Milagros, y un solo ramal, que es la alcantarilla de San Martín, cuyos brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de

la Petite-Truanderie, cuya entrada estaba próxima á Corinto, nunca se ha comunicado con la calle de San Dionisio; vá á parar á la alcantarilla Montmartre, que era donde se había internado Juan Valjean. Allí era muy fácil extraviarse, porque dicha alcantarilla es una de las más intrincadas de la antigua red. Por fortuna Juan Valjean había dejado tras sí la alcantarilla del Mercado, pero tenía ante sí más de un encuentro embarazoso y más de una esquina de calle que aparecían en la oscuridad como puntos de interrogación. Tenía á su izquierda la vasta alcantarilla Platiere, que conduce y embrolla en su caos por debajo de la casa de Correos y de la rotonda de la Alhóndiga, hasta terminar en el Sena. Tenía á su derecha el corredor en línea curva de la calle del Cuadrante, con sus tres dientes, que son otros tantos callejones sin salida. Tenía también á su izquierda el ramal del Mail, complicado casi desde la entrada por una especie de parquecillo, y que iba á parar, haciendo eses, á la gran cripta del Louvre, partida y ramificada en todos sentidos, y en fin, tenía también á su derecha el pasillo sin salida de la calle de los Ayunadores, sin contar otros pequeños retretes aquí y allá antes de llegar á la alcantarilla del centro, que era la única capaz de conducirlo á alguna salida bastante lejana para poderla considerar segura.

Si Juan Valjean hubiera tenido alguna noción de lo que acabamos de indicar, tocando solo la pared habría conocido en seguida que no estaba en la galería subterránea de la calle de San Dionisio.

No sabiendo nada de todo esto, seguía adelante con ansiedad, pero con calma, á la ventura, entregándose en manos de la Providencia. Gradualmente, cierto horror se apoderaba de él. La sombra que le envolvía penetraba en su espíritu. El acueducto de la cloaca es formidable y se cruzan sus galerías vertiginosamente.

Es lúgubre situación la de verse sumidos en el París de las tinieblas.

Juan Valjean se veía obligado á encontrar y casi á inventar su camino sin verle.

En el subterráneo desconocido cada paso que daba podía ser el último de su vida. Cómo y por dónde salir de allí? Si salía, llegaría á tiempo? ¿Morrirían allí, Mario de hemorragia y él de hambre? ¿Acabarían de extraviarse ambos, que-

dando reducidos á esqueletos en aquellos lóbregos sitios? Lo ignoraba. El intestino de Paris es un precipicio.

Estaba, como el profeta, en el vientre de un monstruo.

De repente tuvo una sorpresa. Cuando menos lo esperaba, y sin dejar de caminar en línea recta, notó que ya no subía; el agua del arroyo le daba en los talones y no en la punta de los pies. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Iba, acaso, á llegar de repente al Sena?

Este peligro era grande, pero era mayor el que le resultaría retrocediendo; siguió, pues, avanzando.

No se dirigía hácia el Sena. La alcantarilla que forma el suelo de Paris en la orilla derecha, vacía una de sus vertientes en el Sena y la otra en el albañal grande. La cima de esta albardilla, que determina la division de las aguas, dibuja una línea muy caprichosa. El punto culminante, que es el sitio en que se dividen los desagües, está en la alcantarilla de Saint-Aboye, más allá de la calle de Michel-le-Comte, en la alcantarilla del Louvre, cerca de los boulevares, y en la alcantarilla de Montmartre, cerca de los Mercados.

A este punto culminante había llegado Juan Valjean. Dirigiase hácia el albañal de circunvalacion y estaba en buen camino, pero él no lo sabía.

Cada vez que encontraba un ramal buscaba á tientas los ángulos, y si la abertura que se ofrecía ante él era menos ancha que el corredor donde se encontraba, seguía sin hacer caso, juzgando, con razon, que las sendas más estrechas le conducirían á callejones sin salida, lo que era alejarse de su principal objeto.

De este modo evitó el cuádruple lazo que le tendían en la oscuridad los cuatro mencionados laberintos.

Poco despues conoció que se separaba del Paris que había petrificado el motin, en el que las barricadas habían suprimido la circulacion, y comprendió que caminaba por debajo del Paris vivo y normal.

De repente oyó sobre su cabeza como el ruido de trueno lejano, pero continuo; era el que producían rodando los carruajes.

Segun sus cálculos, hacia una media hora que caminaba, pero no había pensado aun en descansar; lo único que hizo fué cambiar la mano que sostenía á Mario. La oscuridad era más profunda que nunca, pero ahora le tranquilizaba.

De pronto vió su propia sombra delante de sí, destacándose sobre un rojo claro que teñía vagamente el zampeado y la bóveda, y que resbalaba á derecha é izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor.

Volvióse asombrado.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar, á lejana distancia, rayando las tinieblas, resplandecía una especie de astro horrible, que parecía que le miraba.

Era la sombría estrella de la policia que se levantaba en el albañal.

Detrás de la estrella se movían confundidamente ocho ó diez formas negras, rectas, vagas y terribles.

II.

Explicacion.

El día 6 de Junio se mandó dar una batida en las alcantarillas. Temiendo que los vencidos se refugiasen en ellas, el prefecto de policia Gisquet tuvo el encargo de registrar el Paris oculto, mientras el general Bugeaud barria el Paris público; esta doble operacion exigió una doble estrategia de la fuerza pública, representada arriba por el ejército y abajo por la policia. Tres partidas de agentes y de poceros exploraron el alcantarillado de Paris; la primera partida la orilla derecha, la segunda la orilla izquierda y la tercera el centro, ó sea la *Cité*.

Los agentes iban armados con carabinas, cachiporras, con espadas y con puñales.

La luz que en aquel momento reflejaba sobre Juan Valjean dimanaba de la linterna de la ronda de la orilla derecha, que acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida, que están debajo de la calle del Cuadrante.

Mientras la ronda lo registraba, Juan Valjean tropezó con la entrada de la galería, y viendo que era más estrecha que el pasillo principal, no entró en ella, sino que pasó adelante. La policia, al salir de la galería del Cuadrante, creyó oír ruido de pisadas en la direccion del albañal de circunvalacion. Eran las de Juan Valjean. El sargento que mandaba la ronda levantó la linterna y todos los individuos se pusieron á mirar entre la bruma hácia la parte de donde procedía el ruido.

Juan Valjean pasó momentos de indecible angustia.

Por fortuna, aunque él veía la linterna, la policia no le veía á él. La linterna era la luz y él la sombra, y quedaba oculto en el fondo oscuro del subterráneo. Arrimóse á la pared y se paró.

Además, Juan Valjean no tenía cabal idea de qué era lo que se movía á sus espaldas. El insomnio, la falta de alimento y las emociones le habían hecho pasar al estado de visionario. Veía un resplandor y junto al resplandor larvas. No comprendía lo que significaba aquello.

Cuando se paró Juan Valjean cesó el ruido.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oían. Se reunieron y celebraron consejo. La ronda se agrupó en una especie de encrucijada que formaba entonces en aquel punto la alcantarilla de Montmartre, y que hoy ya no existe.

El resultado de la conferencia que tuvieron los agentes de policia fué decidir que se equivocaron, que no había allí nadie, que era inútil internarse en el albañal del centro, que eso sería perder tiempo, y que convendría darse prisa á ir hácia Saint-Merry, por si había que rastrear por aquella parte á algun republicano.

El sargento dió la orden de torcer á la izquierda y de dirigirse á la vertiente del Sena: si les hubiese ocurrido dividirse en dos partidas, marchando cada una en sentido opuesto, hubiera caído en sus manos Juan Valjean. Es probable que las instrucciones de la Prefectura, previendo el caso de un combate y suponiendo á los insurrectos en gran número, prohibiesen á la ronda que se fraccionase.

Los sabuesos se volvieron á poner en marcha, dejando tras sí á Juan Valjean.

De todo ese movimiento, éste no percibió más que el eclipse de la linterna, que se ocultó de repente.

Antes de irse, el sargento, para tranquilidad de su conciencia, descargó la carabina en la direccion del sitio que ocupaba Juan Valjean. La detonacion sonó ronca de eco en eco por la cripta. Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo é hizo saltar el agua á pocos pasos de Juan Valjean, le advirtió que la bala había dado en la bóveda encima de su cabeza.

Ruido de pasos lentos y á compás resonó durante algunos instantes en el zampeado, desvaneciéndose á medida

que se alejaban; el grupo de formas negras se perdió en la oscuridad; la luz osciló, bosquejando en la bóveda un arco rojizo, que decreció y desapareció en seguida.

El silencio volvió á ser profundo, la oscuridad completa, las tinieblas quedaron otra vez ciegas y sordas, y Juan Valjean, no atreviéndose á moverse, permaneció algun tiempo respaldado contra la pared, con los oídos atentos, con las pupilas dilatadas, mirando cómo se desvanecía aquella patrulla de fantasmas.

III.

El hombre acechando.

Preciso es hacer justicia á la policia de aquel tiempo, diciendo que hasta en las circunstancias públicas más graves cumplía impasiblemente su deber de inspeccion y de vigilancia.

Los motines no le servían de pretexto para aflojar la rienda á los malhechores y descuidar á la sociedad porque el gobierno estuviera en peligro. El servicio ordinario se prestaba correctamente, á pesar del trabajo extraordinario, y sin resentirse por eso en medio del complicado suceso político, y bajo la presion de la insurreccion la policia continuaba siguiendo la pista á los ladrones.

Esto era lo que sucedía la tarde del 6 de Junio en las orillas del Sena, en el ribazo de la derecha, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Hoy no existe semejante ribazo. El aspecto de aquellos sitios está muy cambiado.

En el ribazo, dos hombres, separados uno de otro á poca distancia, parecía que se observaban y que se evitaban mutuamente.

A medida que el que iba delante procuraba alejarse, parecía que el que iba detrás ponía empeño en vigilarle de más cerca.

Era aquello como una partida de ajedrez, jugada desde lejos y silenciosamente. No se hostigaban; los dos caminaban despacio, como si temiese cada uno de ellos que, apresurándose, su compañero avivase el paso. El que procuraba eclipsarse tenía mala traza y figura raquítica; el que quería echarle el guante era de alta estatura y de aspecto rudo. El primero, como más débil, evitaba encontrarse con el segundo, pero al mismo tiempo estaba furioso; sus miradas deno-

taban la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo estaba desierto; nadie pasaba por allí. Solo se podía ver bien á aquellos hombres desde el muelle de enfrente, y desde allí el que iba delante hubiera parecido un sér erizado, haraposó é inquieto, tiritando bajo una blusa remendada, y el otro un personaje clásico y oficial, con la levita de autoridad abrochada hasta la barba.

El lector los reconocería si los viera más de cerca.

Qué se proponía el último? Probablemente suministrar al primero ropa de más abrigo en alguna cárcel del Estado. Si le permitía ir delante y no se apoderaba de él, era indudablemente porque esperaba que se dirigiese á alguna cita importante ó á algun grupo que fuese para él una buena presa.

Lo que hace verosímil esta conjetura es que el hombre de la levita abrochada divisó desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío é indicó algo al cochero.

Este lo comprendió, y conociendo quién era el hombre de la levita, cambió de dirección y se dedicó á seguir poco á poco, desde lo alto del muelle, á aquellos dos hombres.

De esto no se enteró el personaje de mala traza que iba delante.

El coche iba junto á los árboles de los Campos Elíseos, y por encima del parapeto se veía pasar el busto del cochero con el látigo en la mano.

Maniobrando cada cual por su parte con hábil estrategia, se acercaban aquellos dos individuos á una pendiente del muelle que descendía hasta el ribazo y permitía á los cocheros, al volver de París, bajar al río los caballos para que bebiesen.

Esta pendiente se suprimió después por exigirle así la simetría.

Era de suponer que el hombre de la blusa subiría por esta pendiente con la idea de evadirse en los Campos Elíseos, sitio muy lleno de árboles, pero en cambio muy frecuentado por los agentes de policía.

Con gran sorpresa del que le observaba, el hombre de la blusa no se fué por allí, sino que continuó avanzando por el ribazo á lo largo del muelle. Se iba colocando en posición muy crítica.

¿Cómo salir de allí sino arrojándose al Sena? Para volver á subir al muelle no tenía allí pendiente ni escalera, y ambos individuos estaban en el sitio en

que marca el ángulo del río el puente de Jena, en el que el ribazo, cada vez más estrecho, acaba en lengua delgada y se pierde bajo el agua. Al llegar allí iba á verse bloqueado por el muro perpendicular á la derecha, por el río á la izquierda y enfrente y por la autoridad por detrás.

La terminación del ribazo estaba oculta á la vista por un monton de escombros de seis ó siete piés de altura, producto de alguna demolición. Pero, ¿esperaba acaso aquel hombre poderse ocultar en un sitio donde pudiera ser descubierto con tanta facilidad? Ese recurso hubiera sido pueril y los ladrones no son inocentes. La aglomeración de aquellos escombros formaba á la orilla del agua una eminencia, que se extendía como un promontorio hasta la muralla del muelle. El hombre perseguido llegó á aquella eminencia y la dobló; entonces el que le perseguía cesó de verle. Este, aprovechando el momento en que ni veía ni le veían, empezó á caminar con rapidez; pronto llegó á los escombros, dió la vuelta al monton y en seguida se detuvo asombrado. El hombre á quien perseguía no estaba allí.

El ribazo apenas tendría, desde el monton de los escombros, unos treinta pasos de longitud; luego se sumergía en el agua, que se estrellaba contra la pared del muelle: el fugitivo no podía escalarla, ni arrojarla al Sena, sin que le viera su perseguidor. ¿Dónde estaba, pues?

El hombre de la levita abrochada caminó hasta la punta del ribazo y permaneció allí un instante pensativo, con los puños convulsos y registrándolo todo con la vista. De pronto se dió un golpe en la frente, porque acababa de divisar en el punto donde concluía la tierra y empezaba el agua una reja de hierro gruesa y baja, con enorme cerradura y con tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta de la parte interior del muelle, daba al río y al ribazo. Por debajo de ella pasaba un arroyo negruzco que iba á desaguar en el Sena. Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguía una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre de la levita se cruzó de brazos y miró la reja con el aire de una persona que se echa algo en cara. La empujó y la sacudió, pero la reja se le resistió tenazmente. Probablemente acabaría de abrirla, aunque no hizo ruido alguno, cosa rara siendo una reja tan

llena de herrumbre; si esto fué así, era indudable que la habían vuelto á cerrar, y esto probaba que había sido abierta, no con una ganzúa, sino con una llave.

Esta evidencia se presentó en seguida al espíritu del hombre que trataba de forzar la reja, pues le arrancó este indignado epifonema:

—Esto es demasiado! ¡Tener una llave del gobierno!

Después se calmó inmediatamente y expresó todo un mundo interior de ideas lanzando la siguiente palabra, repetida irónicamente:

—Calla! Calla! Calla! Calla!

Dicho esto, esperando no sabemos si ver salir al de la blusa ó entrar á otros, se puso á acechar detrás del monton de escombros, con la paciente rabia del perro que está de muestra.

El carruaje de alquiler, que seguía todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. Los pocos transeuntes que atravesaban el puente de Jena volvían la cabeza antes de alejarse para contemplar un instante aquellos dos detalles inmóviles del paisaje: el hombre en el ribazo y el coche en el muelle.

IV.

También lleva su cruz.

Juan Valjean emprendió de nuevo su marcha y ya no volvió á detenerse; cada vez ésta era más embarazosa. El nivel de aquellas bóvedas es vario; su elevación media es de unos cinco piés y seis pulgadas; no está calculada para la estatura del hombre: así es que Juan Valjean se veía obligado á doblarse con frecuencia por miedo de que Mario se pegase en la bóveda. Continuamente se bajaba, luego se volvía á levantar y tenía que ir tentando la pared. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado eran malos sitios de apoyo para las manos y para los piés. Tropezaba en el repugnante estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de las cerceras solo se le aparecían á larguísimo intervalos y con débil claridad; lejos de ellos se encontraba en una semi-oscuridad. Juan Valjean tenía hambre y sed, sobre todo sed, y allí, como en el mar, había abundancia de agua, pero no era potable. Su fuerza prodigiosa, que la edad había debilitado muy poco, gracias á haber llevado una vida casta y sóbria, empezaba á abandonarle. Esta-

ba fatigado, y á medida que perdía el vigor le pesaba más la carga. Mario le pesaba como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean lo sostenía dejándole el pecho holgado, para que respirase lo mejor posible. Sentía que los ratones se deslizaban rápidamente por entre sus piernas. Uno de ellos se asustó, hasta el punto de querer morderle. De vez en cuando llegaban hasta allí ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas del alcantarillado, que le reanimaban.

Serían las tres de la tarde cuando entró en el albañal de circunvalación, y quedó sorprendido de aquel repentino ensanche. De pronto se encontró en una galería cuyas dos paredes no podía tocar con los brazos extendidos y cuya bóveda era mucho más alta que él. En efecto, el gran albañal tiene ocho piés de anchura y siete de elevación. En el punto que la alcantarilla Montmartre se une con el gran albañal, forman allí una encrucijada otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provenza y la del Matadero. Ante las cuatro vías, otro menos sagaz que Juan Valjean hubiera titubeado, pero éste eligió la más ancha, es decir, la alcantarilla de circunvalación. Todavía le quedaba la duda entre subir ó bajar.

Calculó que su situación era apurada y que necesitaba á todo trance llegar hasta el río, ó, lo que era lo mismo, bajar. Torció, pues, á la izquierda.

Esta fué su suerte, porque se equivocó el que cree que la alcantarilla de circunvalación tiene dos salidas. El gran albañal es el antiguo arroyo Menilmontant, y vá á parar, subiendo por un callejón sin salida, que fué su antiguo punto de partida, al pié del cerrillo del mismo nombre.

No se comunica directamente con el ramal que recoge las aguas de París en el barrio de Popincourt, y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot. Este ramal, que completa el albañal colector, está separado de él, bajo la misma calle de Menilmontant, por un macizo que indica el punto de división de las aguas río abajo y río arriba. Si Juan Valjean se hubiera decidido á subir, después de mil esfuerzos y aniquilado de fatiga, hubiera dado contra una pared y estaba perdido sin remedio. Su instinto le guió perfectamente: bajando encontraba su única salvación posible.

Dejó á la derecha los dos pasillos que se ramifican en figura de grifo por debajo de la calle de Laffitte y la de San

Jorge y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antin.

Se paró un poco más allá de una afuente, que era al parecer el ramal de la Magdalena. Estaba rendido de cansancio. Allí recibió una luz bastante clara por un ancho respiradero.

Juan Valjean, con el cuidado que emplearía un hermano con su hermano herido, colocó á Mario en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del jóven, iluminado por la luz pálida del respiradero, apareció cadavérico.

Tenia los ojos cerrados, los cabellos pegados á las sienes, como pinces secos con color rojo; las manos caídas y muertas, los miembros fríos, la sangre coagulada en los hoyos de la boca. Un cuajo de sangre se le había formado en el lazo de la corbata; la camisa se le introducía en las heridas y el paño del traje le rozaba en la carne viva. Juan Valjean, separándole la ropa de la carne, le puso la mano en el pecho y notó que le latía el corazón.

Le rasgó la camisa, le vendó las heridas lo mejor que pudo y le restañó la sangre que corría; despues, inclinándose sobre Mario, que continuaba sin conocimiento y casi sin respiración, le contempló á la dudosa claridad de la cercera con indecible odio.

Al desabrochar el traje de Mario encontró en sus bolsillos dos objetos: el pan que puso en ellos el día anterior y una cartera. Se comió el pan y abrió la cartera: en la primera página leyó las líneas que Mario había escrito, como recordarán nuestros lectores:

“Me llamo Mario Pontmercy: llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, que vive calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais.”

Despues de leer lo anterior, Juan Valjean permaneció un momento ensimismado y repitiéndose en voz baja:—“Calle de las Hijas del Calvario, número 6, señor Gillenormand.” En seguida dejó la cartera en el bolsillo de Mario. Comió y se sintió reanimado. Se echó otra vez áuestas al jóven y continuó bajando por la alcantarilla.

El gran albañal tiene cerca de dos leguas, y está embaldosado en gran parte de su trayecto.

Juan Valjean no poseía la antorcha con la que enseñamos al lector la marcha subterránea por bajo de las calles de Paris. No sabía ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni la distancia que

había recorrido. Unicamente por la palidez creciente de los rayos de luz que llegaban hasta allí comprendía que el sol se retiraba del empedrado y que el día estaba próximo á declinar. Además, como el ruido de los carruajes fué siendo cada vez menos perceptible, hasta que luego casi cesó, dedujo que no estaba ya debajo del Paris central y que se acercaba á alguna region solitaria, inmediata á los boulevares exteriores ó á los últimos muelles.

Donde hay menos casas y menos calles el albañal tiene menos respiraderos. Se condensaba la oscuridad alrededor de Juan Valjean; pero á pesar de eso, siguió avanzando á tientas en la sombra.

La sombra adquirió bruscamente aspecto terrible.

V.

Los fontis.

Juan Valjean conoció que llegaba al agua y que ya no tenía debajo de los pies baldosas, sino cieno.

Hay veces que en ciertas costas de Bretaña y Escocia, el viajero ó el pescador que camina con la marea baja por el arenal, á bastante distancia de la orilla, se apercibe de improviso que hace tiempo que anda penosamente. La playa está bajo sus pies como resinosa; péganse á ella las suelas de los zapatos; no parece que tenga arena, sino liga. La arena no presenta señal alguna de humedad, y sin embargo, en cuanto se alza un pié para dar un paso, el hueco que deja se llena de agua, pero la vista no ha advertido ningun cambio. La inmensa playa está tranquila y la arena conserva el mismo aspecto; no distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubesilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente ante los pies del caminante. El hombre sigue su marcha siempre hácia adelante, pisando con fuerza y procurando acercarse á la costa sin ninguna inquietud. Solo siente que la pesadez de sus pies se aumenta á cada paso que dá; de repente se hunde dos ó tres pulgadas. Comprende que no vá por buen camino. Se pára para orientarse. Se mira los pies y vé que han desaparecido bajo la arena. Los saca y quiere retroceder y se hunde más. La arena le llega al tobillo. Hace un esfuerzo, se arranca de allí y se dirige hácia la izquierda: la arena le llega hasta media pierna. Hace otro esfuerzo hácia la derecha

y la arena le llega hasta las corvas. Entonces conoce con indecible terror que se ha metido en un arenal movedizo. Si lleva alguna carga la arroja, como el buque acosado por la tormenta; pero ya es tarde.

Llama, agita el sombrero ó el pañuelo; pero la arena se apodera de él más y más.

Si el arenal está desierto, si la tierra está muy distante, si el banco de arena ha ahuyentado á los transeuntes, queda sepultado en vida. Se vé condenado á un espantoso hundimiento, implacable é infalible, imposible de retardar ni de apresurar; que le coge de pié, libre, en completa salud, y que tira de él hácia abajo; que á cada esfuerzo, á cada grito, le atrae á sí un poco más, introduciéndole lentamente en la tierra.

Este enarenamiento es el sepulcro que se convierte en marea y que sube hácia un sér vivo desde el fondo de la tierra. Cada minuto que pasa es un enterrador inexorable. El infeliz trata de sentarse, de acostarse, de arrastrarse, y estos varios movimientos le ayudan á enterrarse más. Grita, implora, se tuerce los brazos y se desespera. La arena le llega ya al vientre, la arena le llega ya al pecho; solo se le vé el busto. Eleva las manos al cielo, lanza gemidos furiosos, se apoya de codos en el suelo, y la arena sigue subiendo. La arena le llega ya á los hombros, la arena le llega al cuello; solo se le vé la cabeza. La boca se le abre para gritar y se le llena de arena; sus ojos miran y la arena los ciega. Despues la frente vá decreciendo; un resto de los cabellos se extremece sobre la arena; sale una mano, escarba la superficie del suelo y desaparece. Luego se verifica el siniestro eclipse del hombre.

A veces sucede que se hunde el ginete con el caballo, ó el carretero con la carreta.

Eso es el naufragio fuera del agua; eso es la tierra ahogando al hombre. La tierra, compenetrada por el Océano, se convierte en lago engañoso. Ofrece á la vista una llanura y se abre como las olas.

Esta es una de las traiciones del abismo. La fúnebre aventura á que nos referimos, que es siempre posible en tal ó cual playa de mar, lo era también, hace treinta años, en el alcantarillado de Paris.

Antes de los importantes trabajos que comenzaron en 1833, el muladar subterráneo de Paris estaba sujeto á hundimientos repentinos.

Se infiltraba el agua en ciertos terre-

nos subyacentes y muy desmenuzables; el zampeado, ya fuese de baldosas como en las alcantarillas antiguas, ó de cal hidráulica ó de hormigon como en las galerías modernas, careciendo ya de punto de apoyo cedía, y en pisos de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse.

Entonces el zampeado desaparecía en cierta extension. La grieta que se formaba, que era la boca de un abismo de cieno, tenía, en el lenguaje técnico, el nombre de *fontis*. Qué era un *fontis*? La arena movediza de las orillas del mar, que se encuentra de repente debajo de la tierra; el arenal del monte de San Miguel en una alcantarilla.

El terreno humedecido está como en fusion; todas las moléculas se encuentran suspendidas en un medio blando, que ni es tierra ni es agua. La profundidad suele ser muy grande y nada hay tan terrible como semejante encuentro.

Si en ella el agua domina, la muerte es rápida; se verifica por inmersión: si la tierra domina, la muerte es lenta y se verifica por hundimiento.

Es horrorosa una muerte de esta clase. Si es espantoso desaparecer en la arena del mar, ¿qué será desaparecer en la cloaca? En vez de desaparecer al aire libre y con la claridad del día; en vez de ver sonreír la esperanza bajo todas las formas, contando con el socorro posible de los transeuntes probables hasta el postrer momento; en vez de todo esto, desaparecer en el silencio y en la oscuridad de una bóveda negra, que es ya una fosa abierta; recibir la muerte en el fango, bajo de una tapadera, ó sentirse asfixiados por la inmundicia y la fetidez en el légamo en vez de la arena, por el hidrógeno sulfurado en vez del huracán, y espirar en la basura en vez de espirar en el Océano.

No es posible imaginarse muerte más horrorosa.

La muerte compensa alguna vez su atrocidad con cierta dignidad terrible. Puede haber cierta grandeza en el que muere en la hoguera y en el naufragio; puede conservarse actitud sublime en medio de las llamas como en medio de las olas.

El que se abisma de esta manera se transfigura: el que se abisma de aquella, no. La muerte en el cieno es sucia y humilla al espirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas. El lodo es sinónimo de vergüenza. Morir dentro de un tonel de malvasia, como Clarence, no es agradable; pero morir en la fosa del po-

cero, como Escombleau, es horrible. Agonizar en el cieno es asqueroso.

Tiene bastantes motivos el que agoniza así para figurarse que está en el infierno, y fango de sobra para creerse en un lodazal; y el moribundo no sabe si vá á volverse el espectro ó si vá á convertirse en sapo.

En todas partes el sepulcro es siniestro, pero aquí es deforme.

Lo profundo de los hundimientos variaba, como también su longitud y su densidad, según era mala ó peor la calidad del terreno. Unas veces éstos tenían tres ó cuatro pies de profundidad; otras veces ocho ó diez, y algunas no se encontraba el fondo. Unas veces el fango era casi sólido y otras casi líquido. El fango sostenía más ó menos, según era más ó menos denso. El niño se salvaba donde el hombre se perdía.

La primera ley de salvación es despojarse de toda clase de carga. El pocero que sentía ceder el suelo bajo sus pies, arrojaba el saco con las herramientas del oficio, ó la banasta ó el cubo.

Los *fontis* provenían de diferentes causas: de friabilidad del suelo, de algún derrumbamiento á una profundidad fuera del alcance del hombre, de los violentos chaparrones del verano, de la oleada incesante del invierno y de las lluvias menudas y continuas.

El peso de las casas vecinas en un terreno morbosó ó arenoso hacia ladear las bóvedas de las galerías subterráneas, ó hacia estallar el zampeado, que se abría con tan terrible empuje.

De este modo se verificó el aplanamiento del Panteón, que destruyó el siglo pasado parte de las cuevas de la montaña de Santa Genoveva.

Cuando se hundía una alcantarilla bajo la presión de las casas, el desorden se manifestaba en ciertas ocasiones arriba en la calle por una especie de grietas, como dientes de sierra entre los adoquines; grietas que formaban una línea que serpenteaba en toda la longitud de la bóveda hundida, y entonces, como el daño era visible, el remedio se aplicaba con facilidad. Pero acontecía con frecuencia que el destrozo interior no lo revelaba ninguna hendidura exterior; entonces los pobres poceros, si no entraban con gran precaución en la alcantarilla, estaban muy expuestos á desaparecer. Los antiguos registros mencionan algunos eclipses de esta clase y hasta citan los nombres de las víctimas.

Una cosa análoga le sucedió al joven

y elegante vizconde de Escombleau, que antes citamos, que fué uno de los héroes del sitio de Lérida, á la que se dió el asalto con medias de seda y llevando al frente una banda de violines. Escombleau fué sorprendido una noche en casa de su prima la duquesa de Sourdis y se ahogó en un hundimiento del albañal de Beautreillis, donde se refugió huyendo de su esposo. Dicha señora, cuando le refirieron esta muerte, pidió un pomo de sales para aspirarlo y se olvidó de llorar. No hay amor que resista al aliento fétido de la cloaca. Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Piramo, exclamando: —Puf!

VI.

El cenagal.

Juan Valjean se encontraba ante uno de esos *fontis* de que acabamos de ocuparnos.

Esta clase de derrumbamientos eran frecuentes entonces en el subsuelo de los Campos Elíseos, que se sometía con dificultad á los trabajos hidráulicos, y conservaba muy poco tiempo las construcciones subterráneas, por excesiva fluidez del suelo. Esta fluidez deja atrás la inconsistencia de las arenas del barrio de San Jorge y las capas gredosas que infecta el gas del barrio de los Mártires, tan líquidas, que no ha podido practicarse el paso por debajo de la galería de los Mártires más que mediante un tubo de hierro colado.

Cuando en 1836 se demolió en el barrio de San Honorato, para volverla á construir, la antigua alcantarilla de piedra donde está ahora Juan Valjean, la arena movediza que constituye el subsuelo desde los Campos Elíseos hasta el Sena ofreció tales obstáculos, que las obras duraron seis meses; las obras, además de difíciles, fueron peligrosas; durante ellas hubo cuatro meses y medio de lluvia y el Sena experimentó tres crecidas.

El hundimiento con que tropezó Juan Valjean provenía del chaparrón del día anterior. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, se había rebajado, dando lugar á que se estancase allí el agua. Luego vino la filtración y después el derrumbamiento. El zampeado, arrancado de su sitio, se sumergió en el cieno. Imposible era saber hasta qué extensión. En aquel punto la oscu-

ridad era más espesa que en las demás partes. Era aquel sitio un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que el embaldosado se hundía bajo sus pies y que empezaba á pisar fango. Agua en la superficie, légame en el fondo; pero era preciso pasar: retroceder le era imposible de todo punto. Mario estaba espirante y él extenuado. Por otra parte, ¿á dónde había de ir?

Juan Valjean siguió adelante: el hoyo al principio le pareció poco profundo; pero á medida que avanzaba se iban sumergiendo sus pies y el cieno le llegó al tobillo y el agua á la rodilla. Continuó, sin embargo, y con los brazos levantados sostuvo á Mario sobre el agua. El cieno le llegaba ya á las corvas y el agua á la cintura; ya le era imposible retroceder. Hundíase más cada vez y aquel fango, que era demasiado denso para el peso de un hombre, no podía sostener dos. Mucho trabajo hubiera costado á Mario y á Juan Valjean salir de allí á cada uno de ellos aisladamente. Juan Valjean continuaba avanzando, llevando á cuestas á aquel moribundo, que quizá ya fuese cadáver. El agua le llegaba á los sobacos. Conocía que iba á zozobrar y apenas podía moverse en el hoyo de cieno. La densidad de éste, que le servía de sostén, le servía también de obstáculo. Sostenía siempre á Mario sobre el agua y con esfuerzos inauditos seguía adelante, pero sumergiéndose, hasta no quedarle ya visible más que la cabeza y los brazos, que sostenían al joven. En los antiguos cuadros que representan el diluvio hay una madre que lleva así á su hijo.

Juan Valjean, para poder respirar, echaba hácia atrás la cara; parecía una máscara flotando en la oscuridad. Sobresalía vagamente por encima de él la cabeza colgante y el rostro lívido de Mario. Hizo un esfuerzo desesperado y lanzó el pié adelante. El pié tropezó con un punto sólido, con un punto de apoyo. Ya era tiempo. Afirmóse con tibia en aquel punto, que le causó el efecto del primer peldaño de una escalera para subir otra vez á la vida.

Era el principio del zampeado, que cedió sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla y en una sola pieza.

Los embaldosados bien contruidos forman bóveda y presentan esa clase de firmeza. El fragmento de zampeado, en parte estaba sumergido, pero era sólido;

era una verdadera pendiente, y en ella se había salvado Juan Valjean, que subió por aquel plano inclinado y se vió muy pronto á la otra parte del cenagal.

Al salir del agua tropezó con una piedra y cayó de rodillas. En esa posición permaneció algún tiempo, abismado en no sé qué meditaciones. Luego se levantó, frío, tiritando, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba consigo, lleno de cieno y con el alma inundada de extraña claridad.

VII.

Naufragio á la vista del puerto.

Juan Valjean continuaba caminando, y aunque no perdió la vida en el cenagal, parecía haber perdido la fuerza. Se le agotó el supremo esfuerzo; era tal su aniquilamiento, que á cada tres ó cuatro pasos que daba tenía que pararse para cobrar aliento y para apoyarse en la pared. Necesitó sentarse en la banqueta para cambiar á Mario de posición, y creía no poder volverse á levantar. Pero aunque el vigor había muerto en él, le quedaba la energía, y se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; de repente tropezó en la pared. Llegó á un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja, y esto le produjo el choque. Levantó los ojos, y en la extremidad del subterráneo, delante de él, pero muy lejos, divisó claridad. Esta vez no era claridad terrible, sino claridad blanca; era la luz del día.

Veía ya la salida Juan Valjean. El alma condenada que en medio de las llamas vióse de repente la salida del infierno, experimentaría lo que él experimentó, y volaría con las alas quemadas hácia la puerta radiante. Juan Valjean no sentía ya la fatiga ni el peso de Mario; recobró sus piernas de acero y corría más que caminaba. A medida que iba adelantando distinguía mejor la salida. Era ésta un arco cimbrado, menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería, la cual iba estrechándose. El túnel concluía en forma de embudo.

Juan Valjean llegó á la salida y allí se paró.

Era, en efecto, la salida, pero él no podía salir.

El arco estaba cerrado con una fuerte reja, y la reja, que sin duda giraba pocas veces sus oxidados goznes, la sujetaba